

EL RETORNO DEL CUERPO. DEPORTE, POLÍTICA Y POSCOLONIALIDAD

THE RETURN OF THE BODY. SPORTS, POLITICS AND POST-COLONIALITY

EDUARDO DE LA VEGA¹ ► (Universidad Nacional de Rosario - Argentina)

RESUMEN

El artículo reflexiona sobre la escasa teorización del deporte por parte de las ciencias sociales, y explora la excepcional alusión a ciertos juegos —especialmente el fútbol— en algunas obras literarias de relevancia.

En dicho contexto, retoma desarrollos científicos encuadrados en el programa de la sociología crítica (escuela de Frankfurt) y polemiza con la teoría ‘represiva’, elaborada por algunos de sus seguidores, en el marco del análisis freudomarxista.

Examina luego la genealogía de alguno de los principales deportes de Occidente, como el básquetbol en Norteamérica, el fútbol en los países sudamericanos y el rugby en Francia.

Desde la perspectiva teórica de los Estudios Culturales y Poscoloniales, analiza la trayectoria de dichos deportes, desde su introducción por las burguesías coloniales hacia fines del siglo diecinueve hasta su difusión, algunas décadas después, en amplios sectores de la población. Introducidas y utilizadas inicialmente como instrumentos de control y normalización, estas prácticas fueron luego objetos de reapropiación y reinención por parte de sectores subalternos, quienes reformularon —a través de una articulación virtuosa del deseo, el cuerpo y la identidad— la significación simbólico/política de las mismas.

Finalmente, el artículo se detiene en la experiencia del gueto negro —considerado uno de los referentes privilegiados por el análisis cultural y poscolonial— para indagar la apropiación afroamericana del básquetbol, luego de su invención en el medio universitario blanco.

Allí, el cuerpo virtuoso, inteligente y vital, retoma como contranarrativa que impugna y pone en jaque al dominio blanco y sus estrategias neocoloniales, al mismo tiempo que inaugura una nueva experiencia del socius junto a una novedosa y revulsiva identidad.

1. Correo electrónico: edelavega@arnet.com.ar

ABSTRACT

The aim of this article is to reflect on the scarce part that the theory of sports plays within social sciences, and it also explores the exceptional allusion to certain games- particularly football- in some outstanding literary works.

In such frame, the article summarizes scientific developments included in the program of critical sociology (Frankfurt school) and it argues with the 'repressive' theory, drawn up by some of its supporters, within the Freud-marxist frame.

The genealogy of some of the most important sports of the Western culture, such as basketball in the USA, football in South America and rugby in France is also examined. From the theoretical perspective of cultural and postcolonial studies, the article analyzes the course of such sports, from their introduction by the colonial bourgeoisies at the end of the nineteenth century till their spreading, some decades after, in wide sectors of society.

Once introduced and analyzed as control and normalization tools, these practices were finally used as objects of re- appropriation and reinvention by subaltern groups, who reformulated the symbolical/ political significance by wisely joining the concepts of desire, body and identity.

Finally, the article deals with the Black ghetto- considered one of the privileged referents by the cultural and postcolonial analysis- in order to investigate the Afro-American' appropriation of basketball after its invention in the white college environment.

There, the body (virtuous, intelligent and vital) returns as a counternarrative that challenges the domination of white people and their neocolonial strategies, opening at the same time a new experience of the 'socius', together with an original and revulsive identity.

PALABRAS CLAVES. Cuerpo, deporte, deseo, represión, apropiación, estudios culturales y poscoloniales.

KEY WORDS. Body, sport, desire, repression, appropriation, cultural and postcolonial studies.

1. Preliminar

Cuenta Homero, cómo Aquiles, luego de lavar el cuerpo sin vida de Patroclo, ordenó a sus guerreros que colocaran el cadáver en su lecho mortuorio y dieran tres vueltas a su alrededor, montados en sus hermosos caballos. Tetis, presente entre los mirmidones, incitaba el



llanto mientras Aquiles, colocando sus manos sobre el pecho de Patroclo, comenzaba su lamento:

“— ¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya voy a cumplirte cuanto te prometiera: he traído arrastrando el cadáver de Héctor, que entregaré a los perros para que lo despedacen cruelmente; y degollaré ante tu pira a doce hijos de troyanos ilustres por la cólera que me causó tu muerte.” (Homero, 1957: XXIII – 19)

Más tarde, oró a los vientos Bóreas y Céfiro para que hicieran arder la pira funeraria. Durante toda la noche, los dos vientos soplaron mientras Aquiles, gimiendo y sollozando, regaba con vino la tierra e invocaba el alma del difunto.

Al amanecer, Aquiles ordenó apagar con vino lo que quedaba de la hoguera y recoger los huesos de Patroclo para guardarlos en la urna de oro, que debía ser custodiada hasta su muerte. Enseguida, preparó los premios para los juegos y dijo:

“—¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Estos premios, que en medio he colocado, son para los aurigas. Si los juegos se celebraran en honor de otro difunto, me llevaría a mi tienda los mejores. Ya sabéis cuánto mis caballos aventajan en ligereza a los demás, porque son inmortales: Poseidón se los regaló a Peleo, mi padre, y éste me los ha dado a mí. Pero yo permaneceré quieto, y también los solípedos corceles, porque perdieron al ilustre y benigno auriga que tantas veces derramó aceite sobre sus crines, después de lavarlos con agua pura. ¡Adelantaos los aqueos que confiéis en vuestros corceles y sólidos carros!” (Homero, 1957: XXIII – 272)

Pronto, los juegos comenzaron. Los carros se alejaban del mar a través de la llanura para volver a él luego de dejar atrás el primer tramo de la carrera. Eumelo, el hijo amado de Admeto; Diomedes Tidida, que conducía a los corceles de Tros quitados a Eneas; Menelao, noble hijo de Atreo; Antíloco y Meriones volaban por la llanura, mientras las crines ondeaban al viento y una nube de polvo se levantaba hacia el cielo.

A las carreras de carros les siguió el pugilato. Epeo, hijo de Panopeo, se enfrentó a Euríalo, hijo del rey Mecisteo Talayónida, quien había triunfado en los juegos de Tebas en los funerales de Edipo. Luego vino la lucha, en la cual compitieron Ayante Teoamónio y Odiseo sin que ninguno lograra vencer. En la carrera de velocidad, una cratera de plata labrada, fabricada por los fenicios y regalada a Patroclo por rescatar a Licaón, hijo de Príamo, fue ofrecida como premio por Aquiles y ganada por Odiseo, con ayuda de Atenea. Más tarde vinieron la lucha con lanza y escudo, el tiro de la bola y, finalmente, la competencia de los arqueros.

2. Introducción

Más allá de su ancestral presencia en los pueblos de la antigüedad, en la literatura de los tiempos originarios, en sus rituales más sagrados, los juegos constituyen una temática poco frecuentada, desvalorizada o subteorizada.

La filosofía, las humanidades, incluso la literatura, han dicho poco sobre las coordenadas de aquel cuerpo que se elaboró desde la noche de los tiempos –antes incluso del clasicismo griego– y retorna luego de la represión medieval bajo la forma del deporte moderno.

Sorprende esta carencia, la cual reaparece ahora como un síntoma o fallido, e interpela a la teoría. ¿Por qué se olvida al deporte mientras el arte, los mitos, las religiones han sido estudiados por Freud (1973), Adorno (1984), Deleuze (1983, 1987) bajo la promesa de articular el inconsciente y la cultura?

Hoy hemos avanzado muy poco; casi nada ha agregado al respecto un siglo de psicoanálisis y ciencias sociales. Ahora bien: ¿Cuál es la racionalidad –inconsciente quizá– de aquel olvido? ¿Nada tiene que decir el freudismo, la genealogía, los estudios culturales, sobre una de las prácticas más difundidas y prolíferas de nuestro tiempo? ¿Se trata de una represión, de una denegación, de un fallido que involucra no sólo al cuerpo sino también a la historia?

Desde el marxismo crítico, no obstante, encontramos algunos intentos de revisar aquel descuido. El psicoanálisis fue convocado por los fundadores de la teoría crítica para analizar el deseo inconsciente de las masas, sus anudamientos con la economía y la política como también su impacto en el ámbito de la cultura. El deporte –junto al cine y la música (con mayor peso y elaboración)– estuvo presente en el programa de Frankfurt, que interrogaba la experiencia del fascismo, la eficacia de los medios y la nueva gramática cultural.

El freudomarxismo, tributario de aquel programa, buscaba articular la represión sexual con el control social y presentaba al conjunto de las prácticas deportivas como un poderoso instrumento de dominación social, central en el ordenamiento y el disciplinamiento de las sociedades modernas.

Es preciso, sin embargo, reformular dichos análisis, para pensar otra articulación entre el deseo y la política –ésta es nuestra intención–, que eluda los *impass* del freudomarxismo y permita interpretar al deporte, más allá de sus efectos de disciplinamiento y reproducción social, como un ámbito estratégico donde es posible contestar, impugnar y reformular dicha alienación.

Se puede encontrar en las prácticas deportivas, como lo hacen muchas investigaciones, a las instituciones disciplinarias y de control, pero también debemos

ver –volvamos a leer a Foucault (1986)– la forma en que se produce allí, junto al poder, el deseo y la subjetividad.

El cuerpo del placer, cuerpo encendido, iluminado por los dispositivos modernos –del deporte, de la medicina, de los medios, de la sexualidad– reclama una mayor consideración y, especialmente, una nueva mirada que muestre las formas en que, en el deporte, se anudan el cuerpo y el deseo, junto a las coordenadas de su politicidad.

3. El olvido del deporte

Aunque Malraux (1977) haya definido a nuestro tiempo como *el extraño siglo de los deportes* y Huizinga (2000) caracterizara al ser humano como *homo ludens*, no son muchos los autores que consideran al deporte digno de incluirlo en sus programas, ni merecedor de un tratamiento sistemático y elaborado.

Sin duda, ha sido Norbert Elias (1992) quien advirtió aquella ausencia y elaboró el mapa que traza muchas de las coordenadas para su localización. Michel Foucault (1991) colaboró también en aquel trazado –aunque casi no hable de los juegos– a través de sus formulaciones sobre el cuerpo.

Por su parte, Pierre Bourdieu (1988) diseñó un programa para una sociología del deporte, el cual incluye indicaciones valiosas sobre temáticas relevantes de dicho ámbito, a pesar de que nunca desarrolló aquellas primeras intuiciones.

La literatura también descuidó al deporte. Sorprenden, no obstante, las alusiones al fútbol que hacen ciertos escritores célebres. Borges y Camus deben contarse entre las mejores, mientras Soriano constituye, sin duda, el paradigma de una extraña conjunción entre la literatura y el juego.

Dicho encuentro jerarquiza el producto, no sólo por la figura del narrador sino –especialmente– por la productividad de la narrativa en la descripción de la realidad social. También, por el contraste realizado por el texto literario ante la pretensión de la ‘Ciencia’ de construir un lenguaje sin fisuras que permitiría el encuentro con la ‘Verdad’.

Aunque nunca escribió sobre el fútbol, Borges no deja de testimoniar sobre el momento mismo de su introducción en la cultura, de constatar su presencia junto al tango y las historias de malevos, en los suburbios porteños *de calles aventuradas y de ocasos visibles*.

En *“Hombre de la esquina rosada”*, Borges (1997) describe un paisaje incierto del suburbio llamado Villa Santa Rita, que localiza entre el camino del Gauna y el arroyo Maldonado y donde sitúa los comienzos de la historia de Rosendo Juárez.

Éste reaparecerá más tarde en “*El informe de Brodie*” para contar lo sucedido aquella noche en que mataron al Corralero y hablar de aquel barrio, del lugar de su nacimiento, de su madre y de sus diversiones.

Allí aparece la primera mención al fútbol:

“Aprendí a vistear con los otros, con un palo tiznado. Todavía no nos había ganado el fútbol, que era cosa de los ingleses”. (Borges, 1997: 355)

En “*Evaristo Carriego*”, Borges vuelve sobre aquel arrabal que parece no haber cambiado su geografía limitrofe ni su fama cuchillera y orillera, pero que presenta –en relación con la primera versión– una interesante novedad:

“Mil novecientos doce. Hacia los muchos corralones de la calle Cerviño o hacia los cañaverales y huecos del Maldonado –zona dejada con galpones de zinc, llamados diversamente salones, donde flameaba el tango, a diez centavos la pieza y la compañera– se trenzaba todavía el orilleraje y alguna cara de varón quedaba historiada, o amanecía con desdén un compadrito muerto con una puñalada humana en el vientre; pero en general, Palermo se conducía como Dios manda, y era una cosa decentita, infeliz, como cualquier otra comunidad gringo-criolla. (...) Ya la gimnasia interesaba más que la muerte: los chicos ignoraban el visteo por atender al football, rebautizado por desidia vernácula el foba”. (Borges, 1997: 130)

De un relato al otro, el fútbol había ganado el suburbio –algunas décadas antes lo había hecho el tango– y de ser una cosa de ingleses pasó a impregnar la vida cotidiana de principios del siglo veinte. En forma sucinta pero maravillosa, Borges cuenta cómo el baile (el tango) y el deporte (el fútbol especialmente, aunque no el único) tuvieron efectos pacificadores y transformaron hacia principios de siglo –sin duda junto a otros dispositivos de los cuales la escuela pública ocupaba un lugar central–, las representaciones sociales y la cultura urbana.²

Borges no conoció de primera mano el suburbio; Albert Camus, en cambio, vivió en él y bebió allí desde niño la amargura y la dulzura de los pobres sin historia, sin futuro y sin herencias.

En “*El primer hombre*”, Camus describe aquel suburbio pobre de Argel donde transcurrió su infancia junto a su familia, la calle, la escuela, el liceo, los amigos y los juegos. La caza en el campo, la pesca en el verano, el fútbol durante los recreos en la escuela, las peleas de puño, las salidas a caballo, el mar... eran los placeres gratuitos que colmaban su inmensa ansia de vivir.

2. Hacia 1912 el fútbol se popularizaba en la Argentina y unos años más tarde la *Young Men's Christian Association* introducía los deportes de salón y la gimnasia, y sentaba las bases para el desarrollo institucional del deporte amateur.

En dicho contexto de miserias y solidaridades, de sacrificio eterno y amor entrañable, surgió en aquel niño huérfano hijo de inmigrantes un encuentro milagroso entre las letras y el fútbol:

Por lo demás, esa fugaz vergüenza quedaba rápidamente olvidada en clase, donde Jacques³ volvía a recuperar su ventaja, y en el patio donde era el rey del fútbol. (Camus, 1995: 80)

En estos párrafos de Camus vemos aparecer un paisaje muy distinto al que encontramos en el inicio del texto cuando narra su nacimiento, tras la llegada de sus padres a un pueblo remoto de una Argelia profunda y salvaje.

En aquel escenario, la escuela pública transmitía –más allá de su obsesiva pretensión de identificar y clasificar a los buenos y malos alumnos– lo mejor de la modernidad.

Los deportes complementaban y ampliaban dicho espacio, en tanto articulaban una estética y una ética del juego asentada en los placeres del cuerpo y su virtud. Los saberes corporales –privilegio de los pobres– brillaban en los recreos escolares, mientras la atmósfera normalista de los tiempos fundacionales transmitía lo mejor del positivismo decimonónico y trazaba nuevos destinos posibles para el niño.

El primer hombre recrea en forma paradigmática aquella utopía moderna junto a su dimensión civilizadora, más allá de las jerarquías y los estigmas de su evangelio normalizador. El texto de Camus constituye el testimonio maravilloso de quien fuera un niño pobre y no olvida la escuela, ni aquella experiencia sublime, de aventuras, fútbol y amor.

No obstante, el anatema también cae sobre el narrador. Es posible que el desprecio hacia Osvaldo Soriano por parte de algunos colegas y académicos haya estado vinculado, entre otras cuestiones, a su interés y dedicación a un tema tan plebeyo como el fútbol.

Soriano –uno de los más grandes escritores argentinos e injustamente olvidado, de acuerdo con Pérez-Reverte (La Nación, 2008, 15)– parece responder a aquel desprecio en un cuento corto pero contundente, que interpela a la teoría y provoca una inquietante interrogación sobre el deporte –aquí nuevamente el fútbol–, especialmente, acerca de la naturaleza de un dispositivo que se sustenta en el deseo más que en su represión y que produce –discursos, identidades, lazos, también poder e ideologías– más de lo que aliena.

3. Jacques Cormery corresponde al nombre de Camus en su novela autobiográfica.

En *“Últimos días del arquero feliz”*, Soriano relata los episodios de un partido de fútbol, disputado hacia fines de siglo diecinueve en Gran Bretaña, que dieron origen a la invención del tiro penal.

En paralelo a los detalles y peripecias del encuentro, el cuento narra otros episodios que sucedían en aquellos momentos: el escandaloso Oscar Wilde, luego de publicar *“El retrato de Dorian Grey”* que ofendía a la justicia victoriana, entra en la cárcel de Reading, acusado de apología a la homosexualidad; en Buenos Aires, en el medio de dos revoluciones, Alem e Irigoyen fundaban la Unión Cívica Radical y se convertían en la mayor oposición a un régimen “falaz y descreído”; en Prusia, la renuncia del príncipe Bismarck, el “canciller de hierro”, sorprendía al mundo.

Aquel día habían ocurrido otras cosas inolvidables: había comenzado la construcción del ferrocarril transiberiano, Claude Monet acababa de pintar *“Las ninfas”* y Émile Zola gozaba el grandioso éxito de *“La bestia humana”*.

Mientras tanto, un episodio que nadie registró entonces comienza a desplegarse en toda su extensión. El partido entre el Notts County y el Stoke City, disputado el 15 de septiembre de 1891, se encaminaba hacia un desenlace histórico cuando, faltando cuatro minutos para que finalizase el encuentro, con el marcador 1-0 a favor de los visitantes, un defensor impide con la mano un gol del equipo local, que según parecía iba a decretar el empate.

Como no existía entonces el famoso tiro de once metros sin ningún tipo de obstrucción más que el arquero inmóvil, el gol no pudo convertirse y un escándalo mayúsculo, desatado luego de aquel episodio, hizo que la Liga Inglesa inventara la regla del *penalty*.

Había nacido el penal –sin duda, se trata de una metonimia del juego– uno de los mayores dramas del fútbol. Luego, la narración concluye con una frase que abre un signo de interrogación, y sitúa al deporte (no sólo al fútbol) como un profundo enigma, como una inquietante abstracción, que interpela al arte, a la ciencia, a la política más allá de una presencia obstinada y de su incierta localización.

Un siglo después el transiberiano casi no existe, la obra de Oscar Wilde ha sido olvidada y la Unión Cívica Radical no es más revolucionaria, pero el tiro penal se repetirá como una ceremonia infinita, cada día, hasta el fin de los tiempos.
(Soriano, 2007: 39)

4. Deporte y alienación

En su conferencia sobre el deporte, Pierre Bourdieu (1988: 173) describió, a través de una parábola, las dificultades para constituir una teoría sociológica del deporte: la desdeñan los sociólogos y la desprecian los deportistas.

La lógica de la división social de las prácticas hace que se tenga, por un lado, a quienes conocen muy bien al deporte de modo práctico pero que no pueden teorizarlo; y, por el otro, a quienes conocen muy mal el deporte y que podrían teorizar pero no les interesa hacerlo o lo hacen “sin razón ni justeza”.

Los estudios sobre el deporte se hallan de este modo doblemente postergados. Del lado de la teoría, el deporte es rechazado como objeto de investigación; del lado del deporte, las teorizaciones carecen de relevancia.

El freudomarxismo, no obstante, ofrece una excepción. Desde hace algún tiempo, el concepto freudiano de represión seduce a los desencantados marxistas de la primera teoría crítica para volver a pensar aquella famosa sentencia de Marx (1952: 5):

...suspiro de la criatura desdichada, alma de un mundo sin corazón, espíritu de una época privada de espíritu, opio del pueblo...

Hace algunos años, un libro extraño, polémico y apocalíptico retomaba aquellos tópicos freudomarxistas para formular la centralidad del deporte en la cultura –en este caso el fútbol–, describir la lógica de su eficacia y localizar las razones de su masividad.

En “*La era del fútbol*”, Sebrelli describe el *extraño fenómeno* suscitado por el fútbol en ciudades como Buenos Aires, Río de Janeiro o Nápoles, en términos de un *totalitarismo ‘sui generis’*:

Un totalitarismo suave, aunque no excluye la violencia; apolítico, aunque no excluye la manipulación política; sin ideología, aunque tome prestada la ideología del nacionalismo y del populismo. Es un totalitarismo que no emana de un poder político sino de un poder económico, y cuyo instrumento de dominación no es el partido ni el movimiento social, sino los medios de comunicación masiva. Está disperso en todas partes, está en el estado de ánimo de la gente, en los hábitos y costumbre, en la atmósfera que se respira. (Sebrelli, 1998: 308)

Siguiendo la huella trazada por Marx e invocando el espíritu crítico de Frankfurt, Sebrelli presenta la historia del deporte –desde los griegos hasta el régimen nazi y los actuales escenarios globalizados– como una brutal empresa alienante, vinculada con el nacionalismo, el fascismo y sus mesiánicas promesas de redención.

Las adhesiones y afectos colectivos que genera el fútbol son interpretados no sólo a partir de las condiciones políticas y económicas que los sobrecondicionan sino también desde el deseo inconsciente de las masas. La estructura libidinal de las masas (la hinchada, las barras bravas, etc.) permite dar cuenta de la articulación –siempre ambigua y compleja– entre lo colectivo y lo individual.

La era del fútbol reelabora escritos de los años sesenta (utilizando el original encuadre teórico y el mismo esquema argumentativo), los cuales presentaban, para entonces, una novedad. Se trataba de ver cómo el análisis de una masa en pequeña escala –el fútbol, las hinchadas, los barrabrava, las audiencias televisivas, incluso el mismo juego– permitía acceder a las claves que organizan las masas en una escala mayor, el nivel macrosocial.

No obstante, la reaparición del espíritu de Frankfurt –que abusa ahora de sus intuiciones más productivas– no deja de inquietar, aun cuando parece evidente el oportunismo de su irrupción.⁴ Inquieta, en tanto el anacronismo impide reformular el marco analítico y lo aleja de algunas nociones psicoanalíticas o marxistas que mostraron, en otros enfoques, una inmensa productividad.

El uso que hace Sebrelli –no sólo en su texto sobre el fútbol– de las categorías de represión y alienación desconoce varias décadas de debates y reformulaciones profundas, tanto en el ámbito del psicoanálisis como en la teoría social.

Desconoce, en mayor medida, amplias zonas de la realidad vinculadas con el deporte, lo cual hace posible proponer, en un tono apocalíptico y desmesurado, una misma genealogía para el fútbol, la violencia, el populismo y el fascismo.

La era del fútbol superpone las tesis de Adorno y Horkheimer de los años cuarenta con disparates sociológicos o psicoanalíticos. Por ejemplo, la construcción de una narrativa criolla por parte de los medios especializados desde las primeras décadas del siglo veinte –que Sebrelli documenta prolijamente a través de la revista *El Gráfico*– aparece identificada en forma demasiado simple y apresurada con el nacionalismo y el fascismo populista, atribuidos al peronismo.

Tenemos allí una ceguera múltiple, responsable de los arriesgados deslizamientos del análisis. En primer lugar en relación con el fútbol o el deporte en forma amplia, el cual pudo ser tomado por narrativas nacionalistas o fascistas, pero nada autoriza la generalización. Sin duda puede haber fascismo en el deporte como lo hay en el cine y la literatura, pero resultaría un delirio sentenciar a la literatura y al cine, por tal motivo, como fascistas.

4. El texto, que no agrega demasiado a las primeras tesis de Sebrelli sobre el fútbol, apareció a la venta en abril de 1998, es decir, tres meses antes del Mundial de Francia.

En segundo lugar, con respecto al peronismo, un fenómeno tan amplio y complejo de la historia argentina, y la grosera simplificación de describirlo sólo a partir de sus elementos nacionalista o fascistas.

Finalmente, existe una diferencia entre la pasión del hincha de fútbol y la de las masas fascistas que Sebrelli no puede o no quiere advertir. La inflación de la identidad grupal y la correspondiente peyorización del grupo rival por parte del hincha se insertan siempre en un contexto dramático, simbólico, ritual. En dicho encuadre la victoria sobre el otro no excluye su reconocimiento, lo cual hace posible el juego y la competencia.

Sin duda, no se puede ignorar el pasaje a la violencia, cuyo paradigma es el '*barra brava*'. No obstante, la violencia en el fútbol y en el deporte en general es la excepción no la regla como pretende Sebrelli. Amplificada en los tiempos que corren –especialmente trágicos y sobre los cuales el libro no dice nada–, la violencia avanza sobre la escuela, la calle, las relaciones de la vida cotidiana como resultado directo del conflicto social –no del fútbol.

Frente a las cinco o seis páginas de la *Era del Fútbol* que describen episodios de violencia en el deporte podrían citarse millones sobre 'batallas' pacíficas, lúdicas, dramáticas, aburridas, intrascendentes, sublimes...

Y allí tenemos el otro tópico en el cual Sebrelli brilla por sus anacronismos, cuando presenta al deporte reemplazando a la religión y su objetivo de *reprimir el erotismo*. ¿Qué es lo que autoriza a concebir el fútbol como el ámbito en el cual se reprime la pulsión sino la adhesión dogmática al antiguo credo freudomarxista?

Se trata de la tesis represiva formulada por Reich en los años treinta y adoptada por el freudomarxismo, especialmente, en lo que respecta al fútbol, a través de Gerhard Vinnai (1974). El sueño freudomarxista –que sobrevuela como un cadáver en descomposición las páginas de *La era del fútbol*– imaginaba una libido liberada como fundamento de una nueva y auténtica sociabilidad.

No es necesario citar a Lacan o Foucault –con quienes Sebrelli evita polemizar– para impugnar la teoría represiva. Basta simplemente abrir los ojos para ver cómo han sido levantadas todas las represiones, derribados todos los tabúes, reconocidos los derechos y sancionadas las leyes, mientras nada ha cambiado –o sí, pero algo muy distinto a la revolución esperada– luego de la liberación sexual.

El texto de Sebrelli muestra los laberintos en los cuales se extravían marxismo y psicoanálisis mientras reactualiza, denegando aquella escena, los síntomas de una ilusión. En su interrogación al deporte, *La era del fútbol* retorna al viejo freudomarxismo y se aleja, para avanzar en dicha empresa, de las mejores intuiciones de Marx y de Freud.

5. Cuerpo y deseo: micropolítica del deporte

El valor que toma un discurso o una práctica es siempre relativo, político. De instrumento de afirmación o colonización utilizado en cierto sentido y por ciertas clases sociales en una determinada situación, cambia de sentido y de sujeto (político) que lo utiliza o enuncia en otras.

Esto es lo que muestra –entre muchas realidades– la historia del deporte. Inventado y utilizado como dispositivo de control (o civilización, de acuerdo a Elias), el deporte ha sido reformulado radicalmente, en ocasiones históricas precisas, para rebasar, impugnar y contestar los alcances de dicha dominación.

El básquetbol negro, el rugby en Francia, el fútbol en Sudamérica, son –entre muchos– los ejemplos más conocidos de aquella inversión. Inventados y promocionados por las élites ilustradas (la universidad norteamericana en el caso del básquetbol, la aristocracia europea en el rugby y la burguesía colonial inglesa en el fútbol latinoamericano) fueron objetos –en ámbitos sociales e históricos diversos– de apropiación y reelaboración.

En esa elaboración, un anudamiento social de deseos permite tomar la palabra para decir algo nuevo, desencadenar un proceso productivo (en ocasiones analítico) que no se encuadre en un canon establecido ni sobre significaciones previamente codificadas.⁵

Estos anudamientos elaboran sus propios medios de enunciación, articulados no sólo por el discurso sino también por el cuerpo y por todo un conjunto de dispositivos vinculados a ellos. Constituyen –tras su emergencia disruptiva, problemática, revulsiva– verdaderos quiebres de las significaciones, apertura del lenguaje a otros deseos y a otras realidades.

Aquella articulación del cuerpo y el deseo, promueve –en el gueto negro de las metrópolis posindustriales norteamericanas, en la favela o villa sudamericana, en la *banlieue* francesa– una novedosa experiencia del *socius*, y desactiva, en dichos ámbitos, los flujos *thanáticos* que desorganizan la vida y el lazo social.

Es necesario, si no deseamos caer en la absurda simplificación sebreliana, hacer un análisis político de las prácticas deportivas, de los discursos y de los deseos que las animan.

La invención y difusión del básquetbol por parte de la YMCA en Massachusetts hacia fines de siglo XIX estuvieron animadas por una voluntad y un deseo muy diferentes de los que inspiraron a los jóvenes negros del gueto norteamericano cuando reinventaron, algunos años después, el juego (de la Vega, 2006).

5. Interpretamos al deseo como un flujo social que produce, inventa, crea mundos posibles y cuya naturaleza aspira siempre a partir a la deriva para salirse de todo encuadre normativizado. (Deleuze, 1995)

Según Nelson George (1992), los negros rehicieron el básquetbol y se convirtieron en sus protagonistas centrales, luego de aquella experiencia fundacional. Del corazón de una raza esclavizada, segregada y condenada pudo surgir aquel virtuosismo del cuerpo, del deseo y de la historia que conmovió al deporte y reformuló su paisaje original.

Una experiencia similar a la afroamericana, aunque con diferencias de peso, encontramos en la criollización del fútbol, a principios del siglo XX, en muchos países sudamericanos, entre ellos, Argentina, Uruguay y Brasil. La articulación político-libidinal que animó a los primeros *footballers* criollos de Sudamérica a adoptar el mismo pasatiempo de sus patrones –la mayoría vinculados a los ferrocarriles ingleses–, no es la misma en éstos que en aquéllos.

Dicha apropiación involucró no a una raza, como en el caso del básquetbol afroamericano, sino a un conjunto social. El mismo estaba compuesto por la clase media (comerciantes, empleados, cuentapropistas, etc.), que progresaba hacia principios de siglo, aunque también por sectores más vulnerables, incluso marginales. El rugby, un deporte popular en Francia, aún conserva en muchos países su origen noble. Practicado inicialmente en los mejores colegios privados europeos, como también en Oxford y en Cambridge, pasó más tarde a jugarse masivamente entre los agricultores y mineros galos, hasta que finalmente fue adoptado por pequeños comerciantes y empleados de las ciudades francesas.

Un montaje similar –libidinal y político– anima a estos procesos que conjuga componentes diversos (significantes, corporales, territoriales, etc.). Derechos sociales o raciales, construcción del espacio urbano y público, un nuevo ‘lenguaje del cuerpo’, estilos de vida, dibujan un paisaje novedoso, impregnado de virtuosismo, originalidad e identidad.

El deporte, como también una obra musical o un texto filosófico, más allá de los límites establecidos por sus propiedades intrínsecas, se presta a una multiplicidad de utilidades y apropiaciones, las cuales definen –como lo demuestra la historia– el uso social dominante que se hace de ellos.

6. Deporte, identidad y poscolonialidad

Los Estudios Culturales y Poscoloniales permiten reinscribir, en un fértil y renovado marco analítico, la significación histórica y política del deporte.

Los Estudios Culturales proceden de una notable tradición que debe remontarse, si pretendemos esbozar su genealogía, hasta sus orígenes británicos y su posterior reformulación transcontinental. (Grüner, 2005)

Tras la invasión soviética a Hungría y del desencanto posterior al XX Congreso del Partido Comunista, un grupo de intelectuales británicos iniciaron un alejamiento teórico del marxismo clásico para adoptar una postura crítica y compleja que reivindicaba la esfera cultural, en oposición a la centralidad atribuida hasta entonces al determinismo económico.

El nuevo marxismo británico –influenciado por Althusser, Barthes, Gramsci y más tarde Bourdieu– concebía a la cultura como un campo de luchas específicas por la hegemonía antes que como un simple reflejo superestructural; a las clases sociales como construcciones culturales y simbólicas complejas; y a los modos de apropiación de las clases populares como formas positivas de reformular la imposición cultural.

Luego de aquel primer momento fundacional, los Estudios Culturales británicos migraron a los Estados Unidos donde lograron jerarquía académica y éxito editorial, matizados ahora por el pensamiento postestructuralista, especialmente Foucault, Derrida, Baudrillard, y ocasionalmente Lacan.

Los Estudios Culturales americanos inspiran desde entonces una gran variedad de trabajos, centrados en problemáticas relativas a grupos sociales, etnia, raza, género, focalizando principalmente en temáticas como la identidad y la hibridación cultural.

Los Estudios Culturales en Estados Unidos se distinguieron de su modelo británico. En primer lugar, la polarización inglesa en clases sociales estalló en los microgrupos o comunidades (género, raza, identidad sexual, etc.) del relato multicultural norteamericano. En segundo lugar –en lo que parece ser el principal desplazamiento– la cultura, en sentido amplio, dejó de interesar como campo de batalla, como ocurría en el programa británico, para privilegiar el estudio de la *pop culture* y la invención de nuevos códigos antes que su significación en la lucha social (Cusset, 1995)

La doble novedad del objeto de estudio (las subculturas urbanas) y de los referentes teóricos (el postestructuralismo francés) permitió definir, en un contexto amplio y extremadamente complejo, un original programa de investigación.

La teoría poscolonial –el último y más interesante desarrollo de los Estudios Culturales, según Gruner (2005)– ha reinscrito la problemática de la identidad, la alteridad y la diferencia en el marco de una novedosa genealogía de la razón occidental.

Los Estudios Poscoloniales han destacado el papel que cumplió la literatura en la construcción de los imaginarios coloniales, al mismo tiempo que trazan su historia, cuyo origen se hunde en las luchas nacionales y progresa hacia la construcción del estado liberal.

Edward Said analiza en *Orientalism*—considerado uno de los ensayos fundamentales del postcolonialismo— los textos literarios y políticos franceses e ingleses del siglo diecinueve (desde los cuentos de Flaubert a los relatos de Richard Burton, desde Chateaubriand hasta las formas orientalizantes del romanticismo finisecular) para interrogar, a través de ellos, las formas discursivas y políticas a partir de las cuales Occidente produjo un estereotipo cultural de Oriente Medio.

‘Orientalismo’ define una práctica discursiva compleja que produce una alteridad colonial, sobre la base de un sistema de conocimientos que categoriza a Oriente como atrasado, primitivo e inferior en relación al mundo moderno y civilizado (Europa), lo cual justifica y promueve la empresa civilizadora/colonial. (Said, 1993).

Las identidades coloniales y neocoloniales fueron construidas como el reverso del ideal moderno cuando la voluntad de Occidente pudo proyectar sus deseos y fantasmas más oscuros sobre las diversas figuras del sujeto colonizado.

De aquella empresa colonizadora, participó también el deporte luego de su difusión en una escala mundial. Tras su invención por parte de la burguesía británica y su posterior promoción continental, el deporte europeo se convirtió en un eficaz y productivo instrumento neocolonial.

En América, los deportes, introducidos hacia fines del siglo XIX, experimentaron—ya lo hemos dicho— una extraordinaria y novedosa reelaboración.

Dicha elaboración permite interrogar muchos de los rasgos centrales que definen el lazo poscolonial. La relación entre el sujeto imperial y el subordinado no ha sido un vínculo unidireccional ni limitado sólo a la dominación, sino una relación compleja que articula efectos de hibridación y reciprocidad.

Existe entre ambos sujetos una afectación mutua que produce—más allá de la imposición de formas estéticas, de representaciones imaginarias, e incluso de la *estructura de los sentimientos*— una *tensión oposicional*, donde podrán surgir estrategias *reapropiantes* que preparan la descolonización (Said, 1993).

La ‘reinención’ y difusión de los deportes en América constituye una oportunidad—prácticamente inadvertida por el análisis cultural contemporáneo— para explorar muchas de las vías que confluyeron en la definición de las identidades poscoloniales, sus encrucijadas y sus epifanías.

Sin dudas, ha sido un mérito del postcolonialismo indagar las posibilidades de enunciación de los sujetos excluidos. Los teóricos postcoloniales advirtieron sobre el hecho de que en las relaciones de dominación existe una supresión discursiva de los sujetos colonizados o subalternos, lo cual constituye una imposibilidad radical para cualquier situación de subalternidad.

¿Cómo es posible enfrentar la relación colonial sin utilizar las armas de los colonizadores, es decir, sus relatos, sus palabras, sus ficciones –científicas, literarias, ideológicas, etc. – que justificaron el gesto colonizador?

La célebre pregunta de Gayatri Spivak (1995: XXVI) sobre la posibilidad de hablar de los sujetos subalternos interroga los mecanismos de aquella supresión:

Cuando el subalterno 'habla' para ser escuchado e introducirse en una estructura de resistencia responsable (en el sentido de responder y ser respondido), él o ella está en camino de convertirse en un intelectual orgánico.

Cuando el sujeto subalterno puede hablar –es decir, hablar de una manera que realmente importa– ya no es un subalterno. No existe, de acuerdo a Spivak, una identidad o una consciencia subalterna por fuera de las estructuras discursivas dominantes. Dejar la subalternidad implica entrar en contacto con dichas estructuras.

Parece interesante retomar el análisis de Spivak sobre el suicidio de Bhuvanewari Bhaduri, en la India colonial. Involucrada en la lucha por la independencia de su país, Bhaduri había sido incapaz de cometer el asesinato político que le había sido asignado, por lo cual se ahorcó en Calcuta, en 1923.

El suicidio de esta joven india puede ser reinscrito –sugiere Spivak– como un acto subversivo, en la medida en que Bhaduri esperó la menstruación antes de quitarse la vida, simbolismo que desafía al *Sati*, el ritual de autoinmolación de las viudas en las hogueras funerarias, prescripto por la tradición patriarcal hindú.

El suicidio de Bhaduri articula, de este modo, el cuerpo como texto de una contranarrativa –aunque vana en este caso, según Spivak– que parece ser la única forma de la mujer india de entrar en la historia, en el discurso.

De un modo similar, el cuerpo que reinventa el deporte articula un texto radicalmente revulsivo. Constituye un milagro, sin dudas, esa contingencia de acontecimientos que llevaron al básquetbol negro, al fútbol sudamericano, como también, a muchas otras expresiones del deporte, a convertirse en la exégesis de sus encrucijadas poscoloniales, en una inmensa alegoría de sus pasiones, en una subversión del drama original.

7. La epifanía negra

Los mitos del deporte –Maradona, Pele, Alí, Jordan, Fangio, Di Stefano– vehiculizan algo más que el resultado de sus proezas. El drama, la riqueza, la complejidad de los contextos (deportivos, sociales, territoriales, culturales, etc.) de los cuales surgieron forman parte, sin duda, de los sentidos más profundos del mito y de las razones de su productividad.

Fangio, como también Vilas o Ginóbili, trazan una vía que es paradigmática de las clases medias y de los circuitos habilitados por la economía global.

Maradona o Garrincha, sin embargo, constituyen un genuino producto de las villas o favelas sudamericanas. A través de ellos, el mito expresa el retorno virtuoso del cuerpo olvidado, condenado, estigmatizado, cuerpo de clase, de deseos ilegítimos, cuerpo gozoso e inteligente redimido por los medios y revestido finalmente por la libido social.

Michael Jordan, sin dudas, representa un símbolo, no sólo del deporte sino también del drama mismo del pueblo afroamericano y de su epifanía racial. Del suburbio pobre de Brooklyn donde nació, al pequeño pueblo sureño de Wilmington en el cual transcurrió su infancia –en medio de las convulsiones raciales y sociales de fines de los sesenta– y donde logró finalmente ingresar a la elite del básquetbol norteamericano (gracias una beca de la North Carolina University), la historia de Michel Jordan muestra los caminos recorridos por una raza que encontró en el deporte algunas de las vías de su redención.

La figura de Jordan, no obstante, muestra una de las caras del deporte negro: la integración, la salida de la miseria y el estigma, el ascenso social y la consagración. La otra cara –desconocida, profunda, mítica– anuda el sufrimiento con el virtuosismo del cuerpo, el orgullo de una raza sometida, la calle y el *playground*.⁶

Si bien existen algunos jugadores que triunfaron tanto en la calle como en el básquetbol profesional, el destino más común de la gran mayoría de las grandes figuras del *playground* ha sido el delito, la cárcel y, en ocasiones, una muerte prematura y miserable. No obstante, muchos de ellos han trascendido el gueto, mientras una abundante literatura consagró sus leyendas e inmortalizó sus proezas.

La experiencia afroamericana –la referencia por excelencia del relato multicultural– articuló una conjunción virtuosa de componentes diversos, donde sobresalen el

6. El *playground* constituyó un verdadero laboratorio urbano donde se procesó la revolución que transformó el básquetbol en Norteamérica. Las canchas de la calle fueron auténticos dispositivos de aprendizaje y formación –tal vez mejores que los universitarios– de los cuales salían grandes jugadores y donde, cada verano, se enfrentaban los mejores equipos del gueto ante una apasionada y bizarra multitud.

cuerpo y el deseo, junto una a intensa pulsión de vida que desafiaba e impugnaba el escenario de la exclusión.

La historia del básquetbol –mejor que la de otros deportes negros, como el beisbol o el fútbol americano– permite comprender las formas de elaboración de una voluntad que denuncia la obscenidad del dominio blanco, expresa sus pulsiones fundamentales y exhibe su obstinación.

El básquetbol, inventado y difundido originariamente en el medio universitario blanco, se transformó luego en un deporte practicado mayoritariamente por jugadores negros.

En el escenario de una feroz exclusión, surgieron los grupos itinerantes del básquetbol afroamericano, de los cuales, los Globetrotters serían la versión más conocida. En el mismo camino de los conjuntos musicales itinerantes, los primeros equipos peregrinos inauguraron una experiencia novedosa que conjugaba estrategias de vida y básquetbol, en el contexto de una profunda elaboración cultural.

Tal apropiación, surgida como expresión genuina de la cultura del gueto, mezclaba show con deporte, trabajo con diversión, el arte y el pensamiento con la afirmación de la igualdad y el orgullo racial.

Tras dos siglos de esclavitud y segregación la cultura negra irrumpía en el escenario conflictivo de entreguerras, mostrando una producción que avanzaba sobre las instituciones blancas y amenazaba su hegemonía y superioridad.⁷

Una intensa pulsión de vida –un eros desatado y desbordante– surgió en los escenarios virtuosos del gueto clásico, donde el juego, la música, la política y el estilo de la calle dieron a la *generación X* los atributos esenciales para una original filiación.

Aquellas expresiones profundas de la cultura del deporte permitieron franquear y trascender, en muchos aspectos, la marginación y el sometimiento, a partir de una experiencia que supo articular –en torno a una estética dionisiaca del cuerpo, de sus vibraciones e intensidades– un relato que impugnaba el vínculo alienante mientras construía una prodigiosa y revulsiva identidad.

7. En otro lugar (de la Vega, 2006: 79-80) hemos mostrado cómo se desactivó dicha amenaza en el ámbito del básquetbol: *Tras posicionarse hacia la década del cuarenta entre los mejores equipos de los Estados Unidos, los Globetrotters iniciaron un proceso de transformación que desactivó el contenido político-racial del deporte negro, al mismo tiempo que contribuyó al desarrollo del proceso de espectacularización del básquetbol norteamericano. (...) Ante la peligrosa novedad que pone en jaque al mito de la supremacía blanca, veremos elaborarse nuevas formas de dominio (...) Allí es donde hay que ubicar la contracara del gesto integrador. La neutralización y funcionalización de una cultura (...) se procesa gracias a una original y novedosa expropiación. (...) La integración corrió paralela con aquella desposesión. La singular experiencia del básquetbol negro fue resituada en el marco del gran negocio deportivo mientras se le amputaba su original significado e inauguraba un novedoso dispositivo de indudable atracción universal.*

8. Bibliografía citada

- ADORNO, T.: [1984 (1970)] *Teoría estética*. Madrid. Ediciones Orbis.
- BORGES, J. L.: [1997 (1979)] El informe de Brodie. Obras Completas. Barcelona. Emecé Editores.
- BORGES, J. L.: [1997 (1930)] Evaristo Carriego. Obras Completas. Barcelona. Emecé Editores.
- BOURDIEU, P.: (1988) Programa para una sociología del deporte. En *Cosas dichas*. Barcelona. Gedisa.
- CAMUS, A. (1995) *El primer hombre*. Barcelona. Tusquets Editores.
- CUSSET, F.: (2005) *French theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Barcelona. Melusina.
- DE LA VEGA, E.: (2006) *La gloria del básquetbol. Genealogía del Dream Team argentino*. Rosario. Homo Sapiens.
- DELEUZE, G.: (1995) *Conversaciones*. Valencia. Pre-textos.
- DELEUZE, G.: (1987) *Imagen tiempo*. Barcelona. Paidós.
- DELEUZE, G.: (1983) *Imagen movimiento*. Barcelona. Paidós.
- ELIAS, N. Y DUNNING, E.: (1992) *Deporte y Ocio en el Proceso de Civilización*. México. FCE.
- FOUCAULT, M.: (1986) *Historia de la Sexualidad. El Uso de los Placeres*. México. Siglo XXI.
- FOUCAULT, M.: (1991) *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- FREUD, S.: [1973 (1912-1913)] *Tótem y tabú*. Madrid. Ed. Biblioteca Nueva. Tercera edición.
- GEORGE N.: (1992) *Elevating the Game: Black Men and Basketball*. Nueva York. Harper Collins.
- GRÜNER, E.: (2005) *El Retorno de la Teoría Crítica de la Cultura: Una Introducción Alegórica a Jameson y Zizek*. En Estudios culturales: Reflexiones sobre el Multiculturalismo. Buenos Aires. Paidós.
- HOMERO. (1957) *La Ilíada*. Traducción de Luis Segala y Estalella. Terramar ediciones.
- LA NACIÓN (2008) Suplemento ADN Cultura. Buenos Aires.
- HUIZINGA, J.: [2000 (1938)]. *Homo Ludens*. Madrid. Alianza Editorial.
- MALRAUX, A. [1977 (1967)] *Antimemorias*. Buenos Aires. Editorial Sur. Séptima edición.
- MARX, K.: [1952 (1859)] *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Oeuvres philosophiques*. Tomo I. Paris. Costas.
- SAID, E. (1979) *Orientalism*. Nueva York. Vintage.
- SAID, E. (1993) *Culture and Imperialism*. Nueva York. Knopf.

SEBRELLI, J. J.: (1998) *La Era del Fútbol*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.

SORIANO, O.: (2007) Últimos días del arquero feliz. A un siglo de la invención del penal.

En: *Arqueros, ilusionistas y goleadores*. Buenos Aires. Seix Barral.

VINNAI, G.: (1974) *El fútbol como ideología*. Buenos Aires. Siglo XXI editores. ■